

LA PUERTA

Una puerta de madera marrón, lisa, con muchas manchas oscuras. Una puerta como las que hay por todas partes, por todas partes. Una puerta.

No, un poder oscuro, hostil, con muchas manchas oscuras. Golpea en la cara, contra todo el cuerpo. Una capa, una pared fina, dura.

Y ahí se perdieron las formas maleables de su cuerpo. El constante toqueteo de sus manos se detuvo. Fue aplastada hasta convertirse en una superficie, una cosa de la que solo había surgido un terror inmenso que se había quedado quieto fuera, asombrado.

Cuando subió la escalera de la casa pisó las huellas de cientos de pies diligentes que pasaban a diario por allí.

¿Cómo es que había llegado allí? ¿Siempre allí y solo allí, de modo que todo lo demás quedaba fuera?

La luz cegadora penetraba hoy a través de las piedras y de la piel inmóvil de su cuerpo. Las hojas chorreaban un agua deslumbrante y caliente y había un aroma a la sangre de todos los que pasaban por la calle. El azul era muy profundo, compuesto de obstinadas fuerzas.

Ah, la claridad espantosa. Y metida en ella, la puerta de las manchas marrón oscuro. La que jamás, nunca jamás se podrá romper.

Esa puerta ya estaba ahí cuando ella era tan pequeña que tenía que echar la cabeza completamente hacia atrás para ver las ventanas del primer piso. ¿Era la puerta de la habitación de

los niños o la que daba al pasillo oscuro desde la cocina, la que ella no se atrevía a golpear aquella vez que la encerraron allí? La puerta que no se puede destruir jamás de los jamases.

Cuántas veces había abierto esa puerta con manos que no podían creerse su victoria. Apenas una ligera presión sobre el picaporte; y, sin embargo, siempre había tenido el valor de saber que esa puerta en algún momento tendría que estar cerrada con llave. Cada vez había experimentado el horrible momento que hoy se había convertido en realidad. Cerrada con llave.

Hoy no es hoy en absoluto. Siempre fue así, ya lo ha vivido cien mil veces. ¿Acaso no se sale uno del tiempo cuando llega un momento que se figura ser el primero? Un hoy que es eterno —un paso que sale de la vida cálida—, quizá por eso tiene un frío tan horrible. Y tiene que cerrar los ojos mientras la luz del sol le abrasa las pestañas.

Cerrada. Impenetrable.

Atraviesa calles donde el rojo de la tarde devora los muros. Y lo sabe: Al castaño frondoso que está delante de su ventana le han cortado hoy una rama.

La herida del sol de verano ansioso se manifiesta en un blanco cegador.

Ya no puede seguir tanteando. Es así, impenetrable, cerrada.

Tengo que pensar, dijo Ruth. Cogió la carta sujeta en la puerta y pensó: Un sobre demasiado pequeño. ¿Y por qué hace la «R» de Ruth con ese bucle? Se apoderaron de ella unas ganas furiosas de tirar la carta a cualquier parte, quizá a la cuneta. Y ya nunca más. Pero la sujetó con fuerza y siguió caminando hasta que el inicio del atardecer se mezcló con el polvo de ciudad grande que ascendía despacio, en silencio e implacable.

Dieron las nueve en la torre de la iglesia. Pensó: Madre se enfadará si llego tarde a cenar. Y Richard pondrá esos ojos de sorpresa. No quiero enfadarlos. Pero me siento tan mal como ellos no imaginan que se puede uno sentir.

Notó el olor a comida que salió de la cocina cuando la cocinera abrió la puerta. Y le hubiera gustado saber qué había, mientras le asomaban lágrimas a los ojos por poder pensar en eso ahora.

No miró a su madre ni a su hermano mientras tragaba en silencio. No oyó las críticas de la hermana. Se embutió a toda prisa trozos grandes y secos y se preguntó: ¿Qué me pasa? Ya no lo sabía.

Pero cuando entró en su habitación, el espejo gritó el nombre de él. Y vio la imagen de ella y cómo se había atado el velo por delante antes de salir. Los libros que estaban encima de la mesa, descuidados y revueltos, y la carpeta rota exhalaban el aroma de él. Y de la pantalla de seda amarilla de la lámpara goteaban los pensamientos nocturnos de ella en colores suaves.

Abrió la carta. Y leyó con desprecio sus mentiras.

El espejo gritó el nombre de él. Ella se vio en su interior. Cómo se había atado el velo por delante. Nunca más volverá a ir a verlo así.

Pero sí, mañana irá a verlo, como siempre. Qué le pasa hoy. La carta es tan fácil de entender. Por qué no va a tener un impedimento, de negocios.

Ruth leyó la carta una vez más. El ridículo trazo curvo de la «R» y la inclinación de la «Q» en Querida.

Miente. Pero no importa, siempre lo ha sabido. Y, sin embargo, no puede más.

Ay, Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué le pasa? La cálida noche de verano brilla a través de la ventana, como un montón de promesas relucientes. El mundo es luminoso. Hasta ahora estaba en un cuarto oscuro. Sillas oscuras, manchas oscuras en la puerta oscura. El mundo es luminoso. Sus extremidades, su pobre cuerpo olvidado gritan buscando la luz. Se arrodilla en el suelo. Sus dientes muerden el borde de la mesa, ay, sobre todo no empezar a sollozar.

Quiere pensar. Sabe que los ojos de él atraviesan los muros y la ven. Pero su mano dice que no, su rodilla golpea tercamente el suelo.

Su cerebro le duele de añoranza por él, sus dientes muerden el borde de la mesa.

Mientras siga pensando, le pertenece. Pero todavía hay algo en ella que no piensa. Empuja, golpea, sacude, la empuja a...

Él estaba ante el espejo del marco grueso que nublaba todo y, sin embargo, lo destacaba, como si no quisiera confesar que una insolencia particular se desprendía del cristal salpicado.

Estaba ante el espejo y observaba detenidamente sus mejillas delgadas mal afeitadas. Su rizo algo agitanado que colgaba sobre la frente. Demasiado ralo para resultar rebelde.

Estaba ante el espejo e intentaba disfrutar de la regularidad de sus rasgos finos atravesados por la frente demasiado echada hacia atrás, como si se tratara de una raya en diagonal sobre un dibujo de trazos regulares. Sus hombros estaban demasiado echados hacia atrás, artificiales, rígidos. Querían parecer abiertos y libres. Pero los ojos se escondían en la profundidad. Las pupilas no estaban cerradas en sí mismas, sino que se escapaban relucientes, aunque como perdidas en el blanco de los ojos.

Estaba ante el espejo y la boca apretada de dientes oscuros y pequeños reconocía todas las debilidades de las manos blandas e inermes que se colocaban en la espalda, mientras los hombros se estiraban hacia atrás violenta y artificialmente.

Cuando Ruth entró por la puerta, él estaba sentado al piano vertical tocando una sonata de Beethoven. Le salió al paso con las manos extendidas.

—Llegas tarde —le dijo afectuosamente en tono de burla. Pero sus ojos miraban con enfado a un rincón de la habitación.

Ruth se asustó. Como siempre, el olor dulce y acre de las habitaciones, característico de esa casa, se posó en su frente adormeciéndola. Entonces se echó a reír y dijo:

—Sí, fíjate, no sé cómo he podido equivocarme de camino.

—No querías venir —dijo él lenta y pesadamente.

Todo estaba en silencio. La habitación, cada silla, incluso el reloj que en otras ocasiones chirriaba tanto. Algo había dejado de vivir, algo había muerto, ahora, en ese preciso instante, se había expresado algo terrible.

Ruth pensó: Poder llorar. Vio los globos arrogantes en la estantería de la pared llenos de polvo. Y los minerales de un amarillo saturado encima de la mesa en desorden.

Él le colocó la silla, como siempre. Siempre la misma silla.

—Pero ¿qué dices? —rió Ruth. Era su alegre risa ligera e infantil, que ascendía extrañamente por las paredes demasiado altas, de un gris desteñido.

—Niña mía —dijo él con las piernas cruzadas y ojos extraños—, hace tres semanas que no te veo y hoy llegas tarde.

—Tienes que contarme todo lo que ha pasado —suspiró Ruth—, lo que has vivido, lo que has trabajado.

—Ruth —dijo él. Y ella lo odió. Notó el bucle en el trazo de la «R».

Vio sus manos blancas y sin fuerza. Supo que nunca iba a echar de menos esas manos. La corbata estaba desgastada.

Sintió que le subía por dentro una ola de calor que le atezaba la garganta. Pero estaba muy cansada. Ayúdame, dijo.

Delante de ella había una balanza grande y pesada. Un platillo estaba lleno de pesas de hierro, graves y frías. El otro estaba vacío, completamente vacío y arriba del todo, completamente solo.

Esta balanza desequilibraba el mundo. Igual que la falta de armonía de sus movimientos. Igual que ahora cuando se llevaba el puro a la boca.

—Sencillamente, ya no me soportas —dijo él despacio. Es un ignorante, no puede ayudarme, pensó ella.

Le habló de su último experimento químico. Y la miró como si se tratara de una redoma irisada.

El cerebro de ella quería colaborar, pero una vez más, sus manos, sus rodillas, su sangre se negaron.

Había anochecido.

—¡Vamos, cállate! —dijo Ruth de repente mientras él le hablaba de los últimos días y de cómo había ido de taberna en taberna.

Su voz sonó dura y clara. Se levantó de un salto y tomó la mano de él. Y una compasión ilimitada, un dolor que se descomponía por dentro, paralizaron su aliento.

—Ahora me iré para no volver. Tu puerta estaba cerrada la última vez. Siempre estuvo cerrada. ¡No mientas! Puede que no lo supieras. Ay, el frío de aquí dentro. Y te quiero. ¿No me escuchas? Toda la habitación me escucha. Los árboles de fuera me escuchan. Así que escúchame tú también.

—Escucho, niña mía —dijo él, y ella pateó el suelo porque él había dicho «niña mía».

—Sabes que desde hace dos años solo vivo para ti—continuó, y la voz se le quebró—. Pero te voy a decir una cosa, me siento agotada, en peligro, estoy tan llena de ti que ya no te puedo soportar. Pero ¿qué me estás haciendo?

—¿Adónde quieres ir? —dijo él, y dio una calada al puro.

—Fuera, lejos de aquí —gritó Ruth—. ¿Qué soy para ti? Una redoma más para tus experimentos.

—Qué niña más terca —dijo él, y su voz sonó negra en la noche tibia—. Ya no puedes salir de aquí. Tú has sido la redoma de mi experimento más valioso. He hecho un experimento conmigo mismo en ti.

En ese momento, Ruth vio un cuchillo afilado encima del escritorio.

—¿Adónde vas? —preguntó él cerrándole el paso hacia la puerta—. Pequeña, llevas dentro de ti todo el peso de una vida gastada.

Ruth olió sangre. O eran los productos químicos.

—No —dijo.

Y salió sin darle la mano.

En la escalera, la luz eléctrica era de un color rojo chillón. Y había mucho ruido en la calle.